



si uno
es bueno...
el otro
es
mejor!

SOLO
GARVEY
SUPERA A
GARVEY



GARVEY
BODEGAS DE SAN PATRICIO
JEREZ

OBJECCION

Si preguntamos a un español de cultura media —no digamos a uno más intelectual— qué opina de los sermones que oye, responderá con una duda sobre su eficacia.

A los católicos de nuestro país no nos gustan los sermones que escuchamos. Es más: cuando el clima religioso de intimidad empieza a producirse, a través del culto religioso, normalmente queda cortado por él, que parece aprovechar la ocasión para comunicarnos, a veces, su interpretación demasiado personal del Evangelio.

Otras veces se ejercita la paciencia de los oyentes con las reflexiones de quien parece no vivir a fondo el pasaje evangélico que explica. Termina por aburrirnos con sus metafóricas digresiones, más propias de sermonarios del siglo XIX, que de hombres que viven en plena era atómica.

Nada digamos de la pobreza cultural que revelan muchas prédicas que oímos; sobre todo de ese abismo entre el que habla y el que escucha, producido por la cultura escolástica, repleta de distingos artificiosos y de expresiones que hoy no tienen sentido en la vida cultural de nuestro mundo.

El caso «mejor» (?) es el de esos predicadores de circunstancias, que el juicio laudatorio que merecen, es por la impresión exterior que producen en los fieles sencillos —interpretada por éstos ingenuamente como arte oratorio—; pero que no saben decir qué es lo que han escuchado verdaderamente.

* * *

Hay, sin embargo —y siempre los ha habido—, oradores natos, hombres de palabra religiosa, que penetran en el corazón y en la inteligencia de los hombres. Aunque hoy sea una de las épocas en que más escasean.

Sin duda es porque el clero no suele creer en la fuerza de la palabra de la Biblia. Su discurso a veces lo emplean —los más aptos— para ejercer un prestigio sobre el seglar (prestigio incluso de hombre bueno, valiente o lleno de religiosidad), y con ello generalmente caen en las redes de su propia debilidad, olvidando el consejo del teólogo protestante Karl Barth de que «no hay que servir a una clientela». En el reino de lo religioso no hay clientes, y es preciso recordarlo todos los días.

Generalmente —sobre todo en la generación anterior— el clero caía en la flaqueza de presentarse como «el adivino de aldea» (Karl Barth): tenía que simular una superioridad intelectual con el fin de conservar un prestigio grande entre sus fieles.

Olvidaba, con todo esto, que, después de Cristo, «el predicador no es representante de Dios» —como dice el teólogo católico X. Arnold—, no tiene un poder de dominio sobre los hombres, no es ningún detentador personal de ninguna fuerza de la que pueda disponer arbitrariamente. Es un indigno «mediador», nada más (X. Arnold); y por eso tiene que acoplarse a la palabra de Dios, a la Biblia, igual que quien le escucha.

* * *

Si el mundo va hacia una concentración religiosa en pequeños grupos, si el cristianismo de masas (pero, ¿ha existido —de verdad— un cristianismo auténtico que fuese de masas?) está en vías de superación —nos guste o no nos guste—, entonces tenemos que decir que el clero tiene que creer más de lo que cree en su propia predicación; y debe utilizarla como el principal elemento educador de los cristianos, igual que ocurrió en los primeros siglos del cristianismo, y con pleno éxito.

Estamos suspirando y luchando siempre los católicos por escuelas propias, por periódicos de inspiración cristiana plena, por obras e instituciones temporales de signo católico —cine, teatro, novela y obras sociales— y agotamos nuestra energía en ello, olvidando lo más importante.

ES A LA PREDICACION

Por eso Arnold dice que la predicación es «la cuestión más acuciante de la pastoral moderna».

¡Y nosotros —desgraciadamente— casi deseáramos que desapareciera!...

* * *

La moderna psicología enseña algo que hace cincuenta años no se sabía: que sin participación personal del oyente no son efectivas las palabras.

Y los predicadores han olvidado trágicamente que «la predicación, de suyo... (es) diálogo entre hombres» (X. Arnold). Cosa que no olvidaron los primeros siglos cristianos cuando «el público se atrevía a tomar la palabra para corroborar o protestar» (ídem).

Algunas veces he hecho la prueba con amigos que son excelentes sacerdotes, y he podido comprobar que muchos ni siquiera saben el efecto que producen en sus oyentes, ni conocen suficientemente —si son buenos predicadores— el triste panorama de los malos sermones que tenemos que oír los seglares.

Olvidan que la historia futura de la Iglesia, si quiere ser algo, tendrá que estar determinada por el seglar, como han enseñado historiadores como Butterfield, o teólogos como Rahner, S. J., y Congar, O. P., y tienen que contar más con él, aun para la predicación, para saber si educan o no al pueblo, y por qué no lo educan, a pesar de sus esfuerzos verbales.

Los seglares —por eso— tenemos que exigir que se replantee el problema de la predicación; porque en ello nos va algo muy importante de nuestro porvenir cristiano. Tenemos que emprender una nueva cruzada, pero esta vez ha de ser una «cruzada contra la rutina» (monseñor Elchinger, obispo auxiliar de Estrasburgo).

Está empezando la época que vislumbra el gran Péguy cuando decía que a los ojos de Dios «todo anonadamiento humano, hasta postrarse por los suelos, no vale lo que el bello arrodillarse, erguido, de un hombre libre». Hombres libremente respetuosos, pero erguidos, es lo que necesita hoy el ámbito de lo religioso.

* * *

¿Por qué los profesores de esa flamante pastoral tan aquilatada, pero tan ineficaz en la práctica, no tiran por la borda tanta frase de apariencia profunda, y estudian sin prejuicios los trabajos de los psicólogos y pedagogos de hoy?

La ciencia de la «comunicación de masas», la filosofía de «la comunicación de las conciencias», la psicología de la «dinámica de grupos», y la nueva «psicoterapia autagógica» del psiquiatra americano Rogers, tienen mucho que enseñar a estos maestros de clérigos, y lanzarlos a una verdadera renovación en la transmisión de la palabra religiosa.

Los clérigos tienen a veces dos defectos: 1) están todavía demasiado separados del mundo seglar, carecen de «auténtica solidaridad» con la vida de este último; y 2) no les dejan —quienes son sus responsables— tener «la valentía... de adentrarse en su tiempo... sin perderse» (X. Arnold).

Los seminarios menores —donde estudian los más jóvenes— están constituidos bajo el modelo disciplinario de los colegios de fin del siglo pasado. La separación del mundo, y el desconocimiento de la vida, son los elementos de base sobre los cuales están aún organizados en buena parte estos centros de preparación de clérigos futuros. Me lo decía recientemente un rector de seminario, preocupado por los estudiantes que salen de él, y no saben bandearse por la vida; son muchos de ellos unos perpetuos menores de edad, mal adaptados psicológicamente en bastantes casos; y la tragedia es que éstos han de ser nuestros futuros dirigentes espirituales, por otra parte

beneméritos, ya que la culpa, de sus posibles fallos o dificultades, no está en ellos, sino en el sistema que padecen.

* * *

La encíclica «Paz en la tierra», de Juan XXIII, es un modelo de cómo habría que predicar el Evangelio a los hombres de hoy.

Se trata de «asumir las cuestiones y necesidades de los hombres» para darles «una respuesta debida», después de «repensar la doctrina evangélica en forma viva». Y no puramente intelectual o estereotipada, para que así podamos elaborar el mensaje cristiano para nuestra época, como dice monseñor Arturo Elchinger.

¿De qué nos sirve que con motivo del leproso del Evangelio me hablen de la lepra del pecado, si en los catálogos de pecados para confesarse no figura el egoísmo? ¿Qué sentido tiene asegurar la santidad del matrimonio, si no me saben educar en una personalidad consciente, que sepa decidir ante los difíciles problemas de la natalidad? ¿Para qué seguir defendiendo el sagrado derecho a esa propiedad privada individualista, y propugnar su ingenua difusión entre todos, si eso nos hace vivir, a grandes núcleos y países, peor económicamente, y además estimula el egoísmo de todos, en este desenfrenado afán de competición inhumana que tiene nuestro mundo occidental, en vez de cortarlo valientemente de raíz, tanto para los potentados como para los que no lo son? Todavía hay algunos para quienes toda la moral la centran en el sexto mandamiento, y sólo le llaman robar a quitar la cartera a un transeúnte, habiendo dos terceras partes de la Humanidad con hambre. ¿No fue San Juan Crisóstomo el que, con su palabra —y con su ejemplo también—, dijo «no adornes las iglesias, si es para desdeñar a tu hermano en necesidad»?

* * *

La palabra viva —afirma el cardenal Suenens— está demostrado que es cerca de cinco veces más eficaz que la palabra impresa.

Y, sin embargo, está tan muerta psicológicamente esta palabra religiosa que se nos da, que un famoso investigador de los procesos psicológicos ha podido afirmar: «no cabe duda de que la Iglesia ayuda mucho a sostener los ideales morales de la Humanidad, pero esto no prueba que los sermones ayuden a traducir estos ideales en conducta consecuente con ellos» (George A. Coe; *What is Christian Education?*). La ineficacia psicológica de la predicación religiosa parte del gran error de la enseñanza religiosa actual que está «fundada sobre el supuesto de que al aprender palabras, el individuo aprende ipso facto, a llevarlas a la práctica». Y a esto, por si fuera poco, se añade el poco sentido religioso de lo que escuchamos normalmente; con lo cual el resultado es desolador en muchas ocasiones.

El predicador: ¿a quién se dirige?, ¿al hombre del siglo pasado?, ¿al sentimiento o a la inteligencia abstracta? ¿No debería dirigirse al hombre íntegro de hoy, a toda la personalidad humana, inteligencia, voluntad, corazón y sensibilidad? Y así, ¿hacer participar personal y activamente al que escucha?

¿Qué habrá que hacer en el futuro? Yo no tengo la receta, desde luego; pero entre todos —clérigos y laicos— tenemos que hacer algo para renovar, de arriba abajo, la predicación, porque de hecho no escuchamos un Evangelio de vida, sino sólo palabras exteriores, que nada nos dicen hoy. Porque no saben reelaborarlas para el hombre actual, ese que vive inquieto con sus acuciantes problemas. Problemas que, en parte, son totalmente nuevos; y a los que queremos aplicar, ingenuamente, una medicación de cataplasmas, propia de nuestros abuelos, y no la penicilina del siglo XX.